

## **Existe una alternativa**

### **Políticas económicas y estrategias laborales más allá de la corriente dominante**

Bajo la dirección de Nicolas Pons-Vignon

Con motivo de la crisis financiera mundial, muchos economistas progresistas y sindicalistas han intentado entablar un diálogo con gobiernos y empresas, confiando en lograr la adopción de políticas razonables y equilibradas. Tal vez lo han hecho porque se trata de un enfoque que solía funcionar en el pasado, especialmente en contextos social-demócratas, o porque, muy al inicio de la crisis, se les escuchó con tanto respeto como durante la época dorada del «compromiso keynesiano» en economía. Pero, como escribe en este volumen Sharan Burrow, la Secretaria General de la Confederación Sindical Internacional (CSI), «si durante la crisis las organizaciones de trabajadores podían haber previsto que había dado comienzo una nueva era de diálogo, está claro que el momento ha pasado».

¿Son las políticas neoliberales, y los desmesurados aumentos de la desigualdad que han provocado, responsables de la crisis? Las políticas adoptadas al inicio de la crisis tienden a corroborar este punto de vista, desde la ausencia de alguna reglamentación significativa (o, más bien, moderación) de la «innovación» financiera a las ayudas a los bancos por parte de los Estados, que, a su vez, han reducido gastos, trasladando así los costos de la crisis a los trabajadores ordinarios y a las personas desempleadas. Los sindicatos han estado utilizando su poder organizativo e institucional para resistir a los ataques incesantes a sus derechos sociales y laborales; pero tras decenios de perder terreno, la crisis financiera está precipitando el mayor debilitamiento de sus pilares tradicionales de poder e influencia.

Ante esta situación, los trabajadores se enfrentan a una disyuntiva: por un lado, no pueden permitir que su influencia disminuya aún más y, por otro, con la adopción de una estrategia

más opositora corren el riesgo de verse aún más marginados si ésta fracasa. Los sindicatos han reconocido la necesidad de luchar contra el empleo precario, construir nuevas alianzas (por ejemplo, defender los derechos de los trabajadores domésticos), dedicar esfuerzos para organizar a los trabajadores y recuperar el control democrático de los mercados. Sin embargo, para conseguir una reducción significativa de la desigualdad (y del poder de las finanzas) se requiere tanto la formulación de alternativas de política convincentes como la determinación de luchar para llevarlas a la práctica. Para que las cosas cambien también son necesarias la imaginación, la voluntad y la confianza de las personas.

Existen cuatro ámbitos en los que la lucha contra el neoliberalismo debe hacer campaña si quiere salir vencedora y dar lugar a un proyecto coherente. Estos ámbitos son, por orden de importancia, la academia, la ideología, las políticas y la política.

En el frente académico, debe refutarse el predominio de la doctrina económica neoclásica. Apenas puede ponerse en duda que la incapacidad de los formuladores de políticas actuales de emprender acciones decisivas para potenciar el poder estatal destinado a proteger a los trabajadores está vinculada al discurso que ha predominado en los últimos decenios. Si se considera la mano de obra como un simple costo y el desempleo como una situación voluntaria, es difícil creer que con salarios más elevados se mejoraría una situación de abandono.

En el frente ideológico, ha llegado el momento de cuestionar la fe inquebrantable en el mercado de determinados economistas y formuladores de políticas. Nociones simplistas como «el sector privado es más eficiente» deben impugnarse enérgicamente en el debate público, junto con los llamamientos a la inclusión sistemática del sector privado en las inversiones públicas, como en las asociaciones público-privadas, o para la comercialización de la gestión de funciones del Estado, ya sean servicios públicos como la atención de salud u otros. Contrariamente a lo que muchos puedan inducirnos a pensar, los derechos de los

trabajadores no son incompatibles con el crecimiento económico o con los intereses nacionales de un país.

En el frente de las políticas, ha llegado el momento de exigir políticas audaces que rompan por completo con el frenesí financiero y privatizador de los treinta últimos años. Las políticas macroeconómicas deberían replantearse y centrarse en promover la creación de empleo, desempeñar un papel anticíclico y apoyar una estabilidad *real*, un objetivo que para muchos países es poco compatible con la auténtica liberalización. Respecto de las políticas microeconómicas, deberían recuperarse en particular las políticas industriales y de competencia, puesto que son un instrumento clave que los gobiernos pueden utilizar para estimular y orientar el crecimiento. En especial en los países en desarrollo, la posibilidad de utilizar la política comercial para apoyar los objetivos de desarrollo es absolutamente esencial (véanse los ensayos de Richard Kozul-Wright y Esther Busser).

Ninguno de los ámbitos de lucha expuestos reviste tanta importancia como el político, que de por sí depende fuertemente de los otros tres. El logro más notable del neoliberalismo ha sido sin duda el drástico debilitamiento que ha conculcado el poder político de los trabajadores, los sindicatos y las partes afines a ellos. Los sindicatos han perdido muchos afiliados, especialmente fuera del sector público, y el «precariado», cada vez más numeroso, a menudo está desengañado con los sindicatos o teme unirse a ellos. Restablecer el poder de los trabajadores y de los sindicatos, empezando por el lugar de trabajo, es ahora, más que nunca, una prioridad: una base sólida y movilizadora es la savia de un movimiento político con éxito. Muchos sindicatos luchan cada vez más por reivindicaciones políticas más amplias. Las recientes movilizaciones contra los recortes de los derechos de negociación colectiva tal vez apunten al despertar político de los sindicatos.

Tras hacer un llamamiento (desoído en gran parte) a no «malgastar la crisis» en la primera antología anual de Global Labour Column, este segundo volumen examina las políticas que

se han aplicado después de esta gran depresión, así como la resistencia con que se han topado. Se analizan y contextualizan movilizaciones populares convocadas en todo el mundo. Los ensayos que recoge esta publicación recorren la huelga del sector público de 2010 en Sudáfrica, el movimiento contra la reforma de las pensiones en Francia, las huelgas en Guangdong, China, y en Fiat, Italia, así como los esfuerzos para suscribir un convenio sectorial para los trabajadores domésticos en Suiza.

Como uno de los continentes más afectados por la crisis, el caso de Europa se debate ampliamente en la parte II, que empieza con un artículo visionario de Andrew Jackson alertando a los europeos contra el modelo de austeridad canadiense. Para evitar el derrumbamiento del continente (y las sobrecogedoras consecuencias que traería consigo), el concepto de Europa debe defenderse y reinventarse. La Europa neoliberal, centrada en defender los intereses de las grandes empresas, debe dejar paso a una entidad progresista que persiga la meta de reducir la desigualdad entre sus Estados miembros y en el interior de los mismos.

Los ensayos de la parte III debaten las repercusiones de la globalización neoliberal en la política de desarrollo, junto a posibles alternativas. La transparencia y «disciplina» fiscal, cada vez mayores, que se imponen a los países en desarrollo tras la crisis de la deuda del decenio de los años ochenta contrastan con la disposición a ampliar las facilidades en materia de préstamos para los bancos y operadores financieros que llevaron a la economía mundial al borde del abismo. La caída masiva de la demanda por parte de los países ricos ha mostrado la importancia decisiva de construir una demanda nacional en lugar de centrarse únicamente en recortar costos laborales y de otro tipo con la esperanza de ser competitivos en los mercados de exportación. Los ensayos exploran las opciones y los medios para encontrar el equilibrio adecuado entre comercio, empleo y desarrollo, en especial en el Brasil y la India.

La parte IV se ocupa prioritariamente de la cuestión fundamental de la desigualdad, que encontramos en el origen de la crisis actual. La desigualdad creciente está estrechamente vinculada a la disminución de los salarios y de los derechos de los trabajadores, al igual que a las presiones de los fondos de capital privado. Los ensayos de Sharan Burrow, Özlem Onaran y Seeraj Mohamed, entre otros, examinan tanto las prácticas como las doctrinas que han provocado la crisis, así como posibles estrategias para apartarse de las mismas y acercarse a un futuro más justo y más sostenible.

Como se debate en la última parte del libro, la defensa de los derechos y de los salarios de los trabajadores es absolutamente necesaria para garantizar un crecimiento sostenible en el mundo. De hecho, un trabajo y unos salarios decentes proporcionarán una fuente mucho más estable (y digna) de demanda efectiva que los productos financieros estructurados. Los ensayos de Ronald Janssen y del Director General de la OIT, Juan Somavia, defienden con argumentos convincentes que los derechos de los trabajadores no son incompatibles con el crecimiento económico, y el ensayo de Frank Hoffer pone de manifiesto el papel fundamental que las normas internacionales del trabajo pueden desempeñar en la adopción de un enfoque más coordinado de los salarios y las condiciones de trabajo, puesto que el riesgo (real o imaginario) de la competencia por los salarios bajos puede actuar como fuerte elemento disuasivo en los países. El programa es ambicioso, ya que implica la inversión de tendencias muy arraigadas como la exclusión de muchos trabajadores de las negociaciones salariales o incluso de la protección, o la mayor incidencia del trabajo temporal y la creciente desigualdad salarial. No obstante, esta ambición es necesaria si queremos que una movilización amplia y enérgica tenga éxito.